

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Para creer en la Iglesia del porvenir
[To believe in the Church of the future]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Légaut, Marcel
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-10 06:59:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222964

PARA CREER EN LA IGLESIA DEL PORVENIR

Por MARCEL LÉGAUT

(MARCEL LÉGAUT tiene ochenta y siete años. Sus reflexiones se ofrecen siempre a título de simple creyente que testimonia la vida de su fe, que reconoce ocupa el centro de su existencia. Piensa que la vida espiritual —y también la cristiana— pide el don total del hombre y, por tanto, en quienes son capaces de ello, la reflexión y el esfuerzo de pensamiento que, por otra parte, no va muy separado del de escribir. LÉGAUT no es ni teólogo ni filósofo o moralista universitario. Hasta los cuarenta años repartió su actividad entre la enseñanza como profesor de matemáticas en la Universidad, y la animación de grupos de laicos. La guerra supuso un giro en su vida: comprobó hasta qué punto la clase intelectual, demasiado libresca, carecía de carácter entre los conflictos y el mando. Dejó la enseñanza, se hizo pastor y campesino, y se casó. Es padre de seis hijos. Sus publicaciones más importantes han surgido a la hora del retiro, como fruto de ese largo período de «desierto» en que unificó todo su itinerario: Travail de la foi, en 1962, y los restantes a partir de 1971.)

1. LA SITUACION DE LA IGLESIA EN EL POSTCONCILIO

Bajo el impulso del Concilio Vaticano II, la Iglesia en su conjunto ha tomado conciencia de la considerable importancia que revisten las búsquedas e iniciativas

que tiene que emprender para cumplir entre los hombres de su tiempo la misión que le viene de Jesús de Nazareth. Hoy, en un mundo irresistiblemente guiado por la ciencia y la técnica, se plantean tal cantidad de necesidades y problemas nuevos que nuestro universo mental —no sólo el de las personas cultivadas, sino el de la gente en general— está siendo profundamente transformado. Por ello, resulta del todo imprescindible, para la Iglesia y su misión, responder a tantas posibilidades y aspiraciones, surgidas de las nuevas exigencias en lo intelectual y afectivo, que, como decíamos, ya no son excepcionales, sino de lo más frecuentes e indispensables para muchos. De lo contrario el cristianismo se convertirá insensiblemente en una religión del pasado, completamente anticuada y como momificada.

De hecho, durante los veinte últimos años algunos cristianos de un empuje particularmente notable han realizado este tipo de búsquedas. Ellas son las que han llevado a la Iglesia a tomar decisiones de gran alcance en lo doctrinal y pastoral. Ha sido como si la Iglesia despertase de un largo período de estabilidad y se abriera a un destino diferente que, aunque ciertamente preparado por el pasado, más bien parece provocado y como reclamado por los hombres y su futuro. La Iglesia, por su misma fe, y casi como a pesar suyo, se abre hacia un porvenir esencialmente desconocido que debería presentir que tiene una talla parecida a la de aquél que está en su origen.

Esta búsqueda múltiple no se ha hecho sin titubeos ni errores. ¿Cabe extrañarse de ello a la vista de la condición humana? No obstante, estas indecisiones —cuya importancia no conviene minimizar— han turbado e inquietado a un gran número de espíritus; incluso a algunos personajes que ocupan puestos de los más altos de la institución. El cardenal RATZINGER, entre otros, afirma, con una claridad que hay que agradecerle, que el balance de estos veinte años de postconcilio es negativo. Según él —y, sin duda, según otras autoridades importantes— hay que salir de la vía nefasta que la Iglesia está siguiendo bajo el signo falsificado del Concilio. Hay que dar marcha atrás y lograr que al período de trastornos que han rozado casi la subversión le suceda la restauración de un pasado cuya bondad no hay que demostrar, dado que la avalan veinte siglos de historia.

¿Qué ha pasado para que estos espíritus, ponderados y bien situados para estar informados, hayan llegado a tales conclusiones? Doloroso debate de conciencia; revisión desgarradora de estos años en que, con fe y esperanza, se desplegó la generosidad y el esfuerzo de numerosos creyentes entre los más auténticos. Para entender mejor lo que está en juego hemos de recordar con más detalle lo que sucedió ya en la misma convocatoria del Concilio.

2. LA CONVOCATORIA DEL CONCILIO

El anuncio del Concilio sorprendió; y esto no hay que olvidarlo. Tras la promulgación de la infalibilidad pontificia, ¿qué necesidad había de otro Concilio? La decisión, casi repentina, de Juan XXIII fue inesperada hasta para él mismo. Además, en su idea, se trataba simplemente de una puesta al día de la pastoral, aunque

—por otra parte— ello requiriese también algún retoque en lo doctrinal. Tres meses bastarían para resolverlo... Y, sin embargo, ya sabemos que no fue así. Las cuestiones planteadas, dada su dimensión y complejidad, abrieron inevitablemente horizontes de libertad y de acogida que hasta entonces estaban fuera del alcance de la mayoría o firmemente prohibidos a quienes habían empezado a soñar en ellos. Llegaron a producir vértigo, pues anunciaban un porvenir nuevo y difícil. Nuevo, a pesar de que las numerosas referencias a la tradición, atentas hasta la nimiedad, se esforzaron en mostrar y asegurar a los inquietos que ésta, inteligentemente interpretada y convenientemente desarrollada, bastaba perfectamente para resolver cualquier problema «nuevo» que se presentase. Y también difícil, por más que en las respuestas que se dieron se tendió a la moderación de los extremos más inquietantes, a base de alternar sutilmente en los textos las perspectivas opuestas según secciones y párrafos proporcionados.

En las décadas que precedieron al Concilio, ya algunas fuertes personalidades —de las más inteligentes y de las más espirituales— que estaban especialmente en contacto con su época por su situación, eran conscientes del foso cada vez más profundo y ancho que separaba al mundo moderno de la Iglesia. Pese a los comportamientos de ésta, algunos de ellos, inspirados por su fe, esperaban que la Iglesia vería despuntar el día —que no se atrevían a pensar próximo— de un sobresalto vital que la salvaría de la muerte que insidiosamente la acechaba. Cada uno se esforzaba en apresurar esa hora de salvación correspondiendo a lo esencial de su propia misión. Con todo, esta esperanza seguía siendo lejana en el tiempo; la certeza de su llegada no conseguía triunfar sobre la evidencia que las apariencias imponían sin contemplaciones. Además, sus posiciones dentro de la institución, que en los más eran de las últimas, ¿no resultaban inevitablemente marginales y, por tanto, condenadas a la impotencia?

Por otra parte, salvo quizá alguno de los más reticentes, nadie había previsto la importancia de los problemas que se tendrían que afrontar. Sin embargo, muchas autoridades eclesásticas juzgaron inoportuna la iniciativa de Juan XXIII. En lo posible, se esforzaron en prevenir sus riesgos preparando con precisión, y según el espíritu del Vaticano I, los textos que, siguiendo el programa de sesiones, los padres conciliares no tendrían más que aprobar y signar... Ya sabemos que no sucedió así, gracias a otra iniciativa repentina, la del cardenal Liénart, en este caso, tan imprevista por su parte como el acto de indisciplina del que se hizo culpable en esa ocasión... Poniendo al mal tiempo buena cara, se comprende que en esas condiciones, ya desde el principio y en todos los debates del Concilio, una importante minoría se esforzaba en combatir ese espíritu nuevo que acababa de establecerse en la Asamblea. A esa minoría le parecía preñado de peligros. Peligros de una modernidad que la Iglesia, hasta ese momento, había condenado solemnemente y ante la cual había vivido a la defensiva. Ahora iban a impregnar todas las orientaciones doctrinales y las prácticas pastorales que se adoptasen.

3. LOS DESORDENES: RAZON APARENTE DEL CRECIMIENTO DE LA REACCION

Ciertamente, en los tiempos que siguieron al Concilio aparecieron numerosos desórdenes que, muchas veces, se proponían cambiar por cambiar (especialmente en lo litúrgico), más que cambiar por vivificar lo que estaba anquilosado por el uso. Se intentaba «llamar la atención», en parte por infantilismo, en parte por diversión, y en parte también bajo el efecto de ciertos resentimientos, que no dejaban de estar justificados, precisamente por haber estado reprimidos desde hacía tiempo, resultando por ello más explosivos. Pero, en conjunto, fue más un juego de niños revoltosos que algo surgido de una intención perversa. Esos desórdenes, reducidos a su exacta medida y mirados con cierta sabiduría, se habría adivinado que estaban abocados a apagarse como fuego de paja.

A su vista, sin embargo, se acrecentó la minoría que, desde el principio, era hostil al Concilio. Muchos, incluso de entre los que le eran favorables, desearon que sonara la hora de un restablecimiento y rectificación enérgicos. Volver a la línea del pasado se les hizo una necesidad clara y urgente. Desde entonces, esa minoría no ha llegado a convertirse en una mayoría real, pero ocupa un gran número de los puestos clave de la institución, gracias a la estabilidad de los cargos importantes de la Curia; y así, lentamente pero con firmeza, ha ido influyendo sobre la realidad de la Iglesia, hasta el punto de que hoy es, de hecho, la que domina.

Sin embargo, más que la consideración de los excesos que escandalizaron con razón, ¿no hay que afirmar que lo que más ha influido en la decantación de estos espíritus es la aprensión informulable —y, por ende, más inquietante— ante un futuro cargado de novedades y de dificultades? Allí donde la fe no es bastante fuerte y no está fortalecida por la comprensión de cuanto Jesús tuvo que conocer, combatir y revelar en el Israel de su tiempo, esta aprensión subterránea e inconfesada hace brotar la angustia que engendra el miedo ante un porvenir totalmente desconocido, cargado de amenazas y expuesto a los mayores peligros.

4. EL TEMOR ANTE LA NUEVA ETAPA ES UNA PRUEBA PARA LA FE DE LA IGLESIA

Es verdad que, sin que nadie lo haya previsto —excepto, quizá, los que de buenas a primeras le habían sido hostiles por temor a sus consecuencias—, este Concilio abre una nueva era en la vida de la Iglesia, un período de desestabilización como ninguno de los que hasta ahora ha conocido y del que no se puede medir por adelantado ni la importancia ni la duración. Esta nueva etapa ¿será de vida o de muerte para una religión que, desde hace veinte siglos, ha jugado un papel capital en la historia de los hombres, por lo menos en Occidente? ¿Quién, razonablemente, podría adelantarse a responder a tal cuestión? Es cierto que desde hace mucho tiempo numerosos signos de decadencia hacen prejuizar con fuerza que el cristianismo ha entrado en un ocaso ineluctable que hoy parece acelerado y cada

vez más irreversible... Pero también la fe, que lleva en sí el discípulo de quien por su vida y por su muerte está en el origen de la Iglesia, le asegura que ésta, de una forma o de otra, saldrá un día de la situación en la que se hunde desde los tiempos modernos y que tiende a marginarla, a «folklorizarla» en el seno de una sociedad cada vez más secular.

Hay que afirmarlo; la Iglesia volverá a encontrar una vitalidad semejante a la de sus orígenes, y más aún. Pero ¿a qué precio desmesurado?; ¿a través de qué crisis de apariencia mortal?; ¿al término de qué decrepitud, que será para ella como el desierto de su éxodo? ¿Qué forma adoptará entonces la Iglesia?, ¿qué institución renovada se dará? Nadie puede preverlo, y quien, por pasión de amor, se aventura a pensarlo, sentiría la angustia que debió conocer Jesús en la hora en que su misión se abría a una nueva dimensión, más allá de una muerte que parecía sellar el porvenir para siempre...

Sin duda alguna, esta nueva juventud de los «últimos tiempos» será más madura que aquella primera de las comunidades nacientes de hace veinte siglos, sometida como estuvo a entusiasmos de naturaleza diversa y ambigua. Estos fervores del principio, a menudo exaltados y desorbitados, ¿no estaban demasiado alimentados por la espera apasionada del Día final, casi inminente, y por fenómenos extraordinarios —y también complejos— que adquirieron un desarrollo singular en beneficio de algunos?... Estos carismas ¿no eran como una confirmación providencial de la cercanía del Retorno? La juventud que conocerá la Iglesia del porvenir, iluminada por la meditación incesantemente renovada de veinte siglos —y más aún— de historia, será capaz, por su calidad impregnada de interioridad y de vida espiritual en el seguimiento de Jesús, de trabajar en la misión que la Iglesia ha reconocido desde un principio haber recibido al fundarse...

5. CAUSAS DE LAS TERGIVERSACIONES POSTERIORES DEL CONCILIO

De igual manera que en los primeros tiempos de la Iglesia se tuvo que realizar un prolongado discernimiento, ahora también se ha de hacer lo mismo. Un resultado capital del mismo consiste en afirmar que las numerosas causas que subyacen a los conflictos actuales provienen, más o menos directamente, de la mediocridad de los ambientes cristianos, que no tiene nada que envidiar, en este terreno, a la mediocridad ambiente de la sociedad. En efecto, los católicos en su conjunto, pasivos desde siempre, no estaban preparados para comprender la utilidad del Concilio, ni tampoco dispuestos a corresponderle. Los contornos imprecisos de la insignificancia espiritual del mundo de los bautizados son difíciles de medir en medio de las tinieblas del mundo. Máxime cuando las apariencias de una rectitud de vida y a veces de piedad sincera los disimulan.

Una mirada a la historia de los siglos pasados, ya mejor conocida, nos enseña con realismo y sin glosa edulcorante cuántas evidencias falsas, cuántas imaginaciones supersticiosas, debidas a la inmadurez general de la época, inspiraban a los

cristianos. En el ámbito de la «doctrina» ¿no hay que reconocer que, por sus construcciones «sobrenaturales», más bien materiales y burdas, este cristianismo ha escomoteado las cuestiones esenciales sobre el hombre, sobre Dios y sobre Jesús que tendrían que ser sin cesar, para el creyente, el aguijón de su búsqueda cotidiana y el fermento de su crecimiento espiritual? Y en el ámbito de la «moral» ¿no hay que reconocer, también, que, por una sabiduría mezquinamente sabia, el cristianismo ha fomentado un rigorismo que ha llevado a juzgar mal las grandes pasiones del hombre, mostrando sólo su utilidad para la especie y sus peligros para quienes quedaban cogidos por ellas sin, por otra parte, ayudarles a descubrir hasta qué profundidad y altura podrían llegar a través suyo si correspondían a su impulso en la fe y la fidelidad?

Frente al muro espeso de los siglos, algunos creyentes, pocos en número todavía, y sólo a lo largo de toda una vida recia y arriesgada, fiel y tenaz, emergen por una especie de transformación, cercana a una real mutación debida a las exigencias del conocimiento intelectual iluminado por la fe. Esta evolución, en constante progreso, la hicieron «transgrediendo» la adhesión ciega inicial a las doctrinas de su medio, que les habría prohibido tal itinerario, no exento, por otra parte, de estancamientos, retrocesos y excesos que cada uno ha de asumir por su cuenta y riesgo. En adelante, su religión, dirigida a la adoración en espíritu y en verdad de Dios —por lo menos del Dios que la totalidad de su ser le permite alcanzar—, se independiza y purifica de la religiosidad ancestral e innata que fue el motor principal de la religión de su infancia. Y también pasa a ser más discreta, más afinada en sus manifestaciones que, sin embargo, siempre serán de alguna manera ambiguas, dada la condición humana.

No obstante, ¡qué raros y escasos resultan estos hombres de fe en medio del gran número de bautizados que sólo son cristianos como por descuido! Ante tantos hombres que han seguido siendo creyentes a lo largo de sus años de una manera tan pueril que, con la edad, resulta irrisoria, cabe preguntarse si, unos y otros, tienen la misma religión.

Es verdad que entre los católicos practicantes hay muchas personas inteligentes y despiertas, pero parece que son pocas las que realmente piensan en lo que creen y en las razones de lo que ellas mismas se imponen por disciplina. Resultan excepcionales las que se emplean a dicho trabajo de apropiación y reflexión hasta el punto de hacer de ello el tema constante de sus búsquedas y, por tanto, de sus críticas —tal como debería ser para que la búsqueda fuese espiritualmente fecunda—. Por contraste, ¡cuánta gente se muestra indiferente respecto de su actividad religiosa mientras que, en cambio, se apasiona por la que de verdad le interesa! No obstante, entre estos últimos, algunos —seres de rectitud de conciencia y sentido común más que de interioridad y reflexión crítica— sienten de modo confuso y tímido ese contraste de interés y desinterés que se da en el centro mismo de su vida. Por eso, para evitar una nota falsa en lo más íntimo, se aferran a sus certidumbres religiosas con una intransigencia obstinada y con una estrechez de miras desacostumbrada en personas de suficiente cultura.

6. LA MEDIOCRIDAD DE LOS CRISTIANOS, SINTOMA DEL FRACASO DE LA IGLESIA

La mediocridad de los ambientes cristianos es demasiado general como para atribuir la únicamente a las deficiencias individuales o al «espíritu del mundo moderno». Hay que preguntarse: ¿cómo es posible que la Iglesia haya podido fracasar hasta ese punto en su obra espiritual respecto de sus miembros —incluso de los más dóciles— siendo la organización cultural que más cerca de ellos ha estado durante años; por ejemplo, a través de las reuniones dominicales?

Es verdad que hay que reconocer el alto grado de moralidad que ha logrado mantener en sus fieles gracias al puritanismo que, desde hace mucho tiempo, se ha considerado el signo por excelencia de la vida cristiana cabal, debidamente reforzado, además, por el cultivo de una culpabilidad casi instintiva. Pero ¿es eso verdaderamente suficiente?, ¿es ése, además, su papel principal en el mundo?

Este fracaso espiritual ¿no será porque la doctrina y el culto que la autoridad ha desarrollado en el transcurso de los siglos —y mantenido rigurosamente en nuestra época por más que resulten herméticos para su mentalidad— están más marcados por preocupaciones legales y jurídicas —heredadas del legalismo judío y del juridicismo romano— que por la preocupación de favorecer entre los fieles la actividad personal al nivel de la fe y de la fidelidad? Hoy, la institución que el cristianismo se ha dado, a lo largo de su desarrollo y de sus crisis, aun siendo más sólida que los regímenes políticos que ya han perdido la aureola de la divinidad, es incapaz de dar a la Iglesia el rostro en el que se reconozca en su trascendencia a aquél que, precisamente, quiere testimoniar. La autoridad, completamente absorbida por la acción de gobernar que centraliza y uniformiza, conoce la tentación —y frecuentemente sucumbe en ella— de confundir la permanencia y la estabilidad con la inmovilidad. Por eso, en lugar de favorecer su propia actividad creadora, necesaria para cumplir su misión, apunta, principalmente, a conservar preservando, a mantener defendiendo, a no cambiar, e incluso endurecer sus maneras de ser y de comportarse frente al mundo moderno, tantas veces juzgado perverso, que evoluciona con rapidez y lo replantea todo aun a riesgo de perderlo todo... ¿Cómo es tan ciega que no mide el foso que separa lo que manda y enseña de lo que se hace y se piensa en los ambientes cristianos? ¿No se da cuenta de que su audiencia y autoridad disminuyen cada día no por la paja ajena sino por la propia viga?

La Iglesia, por lo menos en su aspecto visible y social, pierde incesantemente fieles que se van sintiendo extraños en ella. Algunos son de los más vivos por el vigor de su espíritu y por la capacidad de su entrega a lo que creen. Su partida no será insignificante para el futuro... Además, ¡cuántos abandonan la institución o, por lo menos, se niegan a entrar en ella porque la disciplina ocupa el lugar del pensamiento y la renuncia a lo que pertenece al corazón de la vida se exige sin haber mantenido contacto personal alguno con una autoridad que esté suficientemente al corriente de las cuestiones planteadas como para atreverse a discutir de verdad sobre las mismas! ¿Cómo es posible que esa autoridad no sea bastante espiritual como para comprender de qué apuesta se trata, porque se trata de algo mu-

cho más que doctrinal, vital para quien es sancionado y para muchos otros con él? El futuro juzgará severamente el modo dictatorial y lleno de suficiencia con que se ha ejercido el poder papal, tanto a principios de siglo como recientemente.

Si la Iglesia, para ser fiel al espíritu de aquel al que ha heredado, no llama a la actividad espiritual y no la favorece —única actividad que puede dar el sentido que precisan las mutaciones de vida que actualmente se viven—, descenderá ineluctablemente por las vías de desaparación que ya se presenten, sean cuales sean los vericuetos que hábilmente intente. Conocerá la suerte de la levadura que se ha endurecido y se desecha, como la sal que se volvió insípida. Junto con las otras religiones se verá abocada a ser, sin remisión, un vestigio de una etapa ya pasada.

7. DE LA RESPONSABILIDAD DE LA INSTITUCION A LA CRITICA DE SUS ESTRUCTURAS

El «milagro» del Vaticano II no fue ajeno al modo cómo dos mil obispos se encontraron reunidos un día bajo la misma cúpula. En él colaboró la oscura y masiva resistencia de la asamblea —compacta, más que coherente, pero por un momento joven por la misma novedad del acontecimiento— frente al dominio, deferente pero firme, de los organizadores. Ordinariamente, los obispos, cuando acuden a la Roma Eterna, son transeúntes rápidos de los pasillos curiales; son como quien acude de provincias a presentar una solicitud en las oficinas de los altos funcionarios. Entre sí, sólo se conocen con ocasión de encuentros fortuitos llenos de cortesía religiosa y discreción. Además, se ven obligados a hablar una lengua que no les es familiar desde hace mucho tiempo. Por eso, al comienzo del Concilio, llegados de todos los rincones de la Tierra, ignoraban el poder del cuerpo que formaban y que sólo descubrieron en la Asamblea. En ella la mitra de cada uno adquirió un peso muy distinto del que tenía en las ordenanzas de un vetusto ritual... Hermanos unos de otros como nunca se habían sentido antes, se supieron mucho más que simples compañeros solidarios en la tarea de guardar una doctrina y de hacer observar una disciplina. Se reconocieron unidos en una misión que se les imponía en su universalidad (una universalidad que se acrecía por la diversidad y que era muy distinta de la uniforme generalización de lo mismo). Libres, con una libertad mucho más real que la relativa autonomía de cada uno en su diócesis bajo la autoridad romana, se sintieron independientes, como Pablo en otros tiempos se manifestó a Pedro cuando éste vacilaba...

Los milagros no duran siempre. Sólo se repiten con la parsimonia y discreción de las fidelidades al impulso creador. En el desarrollo del Concilio —como en todos los anteriores— los profesores y administradores fueron más numerosos que los contemplativos y espirituales. Además, ¿no hay que ser grande entre los grandes para ser a un tiempo obispo y profeta? La Asamblea se vio pronto enfrentada a un sinfín de cuestiones nuevas que desde hacía tiempo se habían mantenido bajo la pesada capa del silencio impuesto. Los pocos meses programados se transforma-

ron en años. Por fin el agotamiento impuso un alto... que todavía no ha terminado. Ojalá no quede en un toque de retirada, triunfal...

Basta tomar un poco de perspectiva para comprender lo «imposible» de la situación. En efecto, ¿cómo tratar todas esas cuestiones con la autoridad que la doctrina confiere a semejante Asamblea, cuando muchos Padres del Concilio no habían oído hablar de ellas antes, si no era para vetarlas en nombre de la misma fe? ¿Cómo alcanzar, por ejemplo, a propósito de la libertad de conciencia o de la autonomía de las realidades terrenas, una formulación que, sin condenar expresamente lo mantenido por siglos (y que ha justificado los comportamientos monstruosos que se conocen), afirme, diciendo lo contrario de lo afirmado hasta entonces, que su propio contenido está en el recto sentido de la tradición?

Incluso con la ayuda de los «expertos», ¿cómo poner a punto en pocas semanas textos suficientemente precisos pero, al mismo tiempo, flexibles para reunir una amplia mayoría de miembros, muchos de ellos no habituados a semejante trabajo de filigrana? Se adivina el esfuerzo de pensamiento, y aún más de redacción, que exigía la preparación de las sesiones plenarias en las que el voto cerraba el debate y decidía, para los tiempos venideros, con la autoridad que dimana de la infalibilidad del Espíritu Santo cuando planea bajo la cúpula en las horas decisivas. Es más, ¿no subyacía en esa redacción, secretamente, el cuidado inconsciente de permitir en el futuro la agilidad de las interpretaciones que harían posible una mayor fidelidad según lo que entonces no podía ser dicho o incluso sugerido? ¡Cuántas puertas entreabiertas a las que se incorporaron, por precaución, sólidos pestillos! ¡Cuántas puertas cerradas, pero sin llave, sólo ajustadas! ¡Cuán frágiles y maleables son los textos conciliares, en cuya redacción se suceden los matices: cada uno dejando lugar al siguiente y como invitándolo a alcanzar, entre todos, aunque sea de lejos, el difícil punto de equilibrio de un pensamiento que las pasiones humanas atacan incesantemente y que la realidad vuelve siempre a poner en cuestión!

¿Habría sido posible a los Padres del Concilio dar respuestas claras a las difíciles preguntas de la modernidad, aun si —con tiempo suficiente— se hubiesen aplicado a ellas por fidelidad a su misión, pese a la prohibición de Roma? ¿No habrían tenido que afrontar y enjuiciar necesariamente un cristianismo cuyos modos de pensar e imaginar, hacer y sentir guardaba relación con las costumbres que se perpetraban y con los crímenes que, con plena conciencia, se cometían?

Para estar verdaderamente preparados para participar en unas reuniones que determinaban realmente el porvenir y negarse a los compromisos redaccionales que lo embarullaban, los Obispos habrían tenido que reconocer previamente que la Iglesia —nacida en un tiempo en que, en cierto modo, hizo explosión la alegría de la vida eterna al fin hallada en esta tierra—, a lo largo de su historia, ha llegado a verse demasiado contagiada por las costumbres del poder, acabando por estar, a veces, totalmente corrompida. Un Concilio así preparado hubiera tenido que vivir su primera jornada en una unidad sin fisuras, «bajo saco y ceniza». Grande entre los grandes, hubiese estado a la altura de posibilitar una nueva era para la Iglesia. Habría podido plantear los verdaderos problemas de los que dimanan las demás cuestiones que plantea la vida espiritual cristiana, más consciente de sí misma en

adelante. Esos problemas habrían sido planteados para que el creyente, a su luz y bajo su aguijón, se pudiese medir con su propio misterio, con el de Jesús y, así, en espíritu y verdad, se habría acercado al misterio de Dios. Entonces, sobre la roca por fin descubierta bajo los escombros de pasadas construcciones, y aunque por poco tiempo, se hubiera levantado un edificio en el que los hombres hubieran querido crecer...

Pero hay que afirmarlo: para que la inteligencia iluminada por la fe se hubiese desplegado feliz y poderosa en la libertad creadora de sus propios caminos a partir del Concilio, lo que de modo decisivo falló en él es la renovación de la vida de fe y de fidelidad en el seno de la Iglesia a través de una profundización en el misterio del hombre y en el de Dios gracias a una comprensión más honda de lo que tuvo que vivir Jesús para ser el que llegó a ser.

¿Es lícito extrañarse, entonces, de que algunas estructuras fundamentales de la institución continúen pesando hoy como ayer en los destinos de la Iglesia? Aunque sólo sea como alusión, enumeremos algunas.

- La elección del Papa por sólo los cardenales. Escogidos en su mayoría por el predecesor, éste, de esta forma, predetermina con fuerza la elección de su propio sucesor, según una estabilidad demasiado rígida. Se sabe que algún prelado de talla truncó su carrera eminente y fecunda por proponer ensanchar el cuerpo de los electores.
- La colegialidad de los obispos que felizmente revalorizó el Concilio ¿no fue desde sus comienzos atacada en su fundamento cuando se le vetaron cuestiones de lo más importantes, relativas a la vida personal e íntima de sacerdotes y laicos, hombres y mujeres? Las decisiones de la colegialidad ¿no tendrían que extenderse a lo concerniente al gobierno y la enseñanza de las Iglesias?
- La elección de los obispos ¿no es criticable que se decida en Roma y no sobre el terreno y que, a veces, se haga incluso en oposición a los obispos del lugar? Según referencias confidenciales indiscretamente publicadas, ¿no es verdad que se concede tanto valor, o más, de cara a estos nombramientos, a la doctrina bien aprendida y repetida y a los modos de comportamiento conformes al uso que al vigor de carácter y a la profundidad en la vida espiritual?
- La necesaria descentralización de una institución que, desde que los medios técnicos lo permiten, acentúa su tendencia a la concentración del poder directo, particularmente de las finanzas, cuya presión en ese sentido centralizador se puede adivinar.
- La necesaria autonomía de los obispos, cuyos poderes tendrían que estar a la altura de sus responsabilidades de apóstoles y pastores. ¡Qué apostolado, de iniciativas atrevidas, les espera de hecho, en el futuro inmediato de las diócesis que, en su mayoría, se están convirtiendo en desiertos en los que la sed arroja a los hombres por el camino de los espejismos, tanto del pasado como del futuro!

8. LA RESTAURACION

La restauración que se anuncia está ya en marcha. El cardenal RATZINGER, hombre inteligente y valeroso que sabe decir claro lo que piensa y que quiere con firmeza lo que decide, lo asegura: se le puede creer. Además no está solo. Un equipo, ya casi todopoderoso, se ha constituido progresivamente según un proyecto claramente concebido y tenazmente perseguido. Los puestos de decisión importantes se van ocupando poco a poco aprovechando el oportuno retiro por edad de los titulares. Es más, nada faltará al éxito de la empresa, ni siquiera un cuerpo bien disciplinado y «bancariamente» bien provisto que, mezclado con las multitudes que se reúnen, sabe arrancar a tiempo los aplausos y orquestar también las protestas cuando las palabras que se pronuncian —se necesita tener coraje y sólo algunas mujeres se han atrevido a hacerlo— no están conformes con los textos que antes han sido convenientemente revisados y corregidos por los servicios de la curia.

Veamos algunos aspectos de esta restauración, discretamente empezada al final del Concilio y ya fuertemente instalada en Roma tras un período de política prudente (algunos de ellos se reúnen en un manifiesto que firmó el autor):

- Impedimentos múltiples a una verdadera pedagogía catequética y bíblica y vuelta a las fórmulas fijas.
- Rechazo de los ensayos de renovación en la pastoral penitencial.
- Bloqueo de algunas cuestiones que plantea la gente que está en la avanzada de la Iglesia en diferentes regiones del mundo: inculturación del cristianismo en África, en Asia, etc., ordenación de casados, ministerios femeninos...
- Endurecimiento del corte entre sacerdotes y laicos.
- Contradicción entre un discurso en favor de los pobres y la sospecha difundida sobre las teologías de la liberación.
- Retraso táctico en la nominación episcopal de sedes vacantes hasta poder colocar al predestinado desde fuera.
- Fundación de nuevos organismos que doblan a los que se abrieron a raíz del Concilio y que terminarán por imponer dada su dotación de medios poderosos.

9. NECESIDAD ESPIRITUAL DE ESTE PERIODO

¿Cómo se ha podido llegar al convencimiento de que la vuelta a los errores y defectos del pasado es el único modo de remediar las deformaciones y desviaciones del presente, siendo así que lo primero (defectos y errores) se cuenta, precisamente, entre las causas más importantes de lo segundo (deformaciones y desviaciones)? Ciertamente, el temor de que esos desórdenes se perpetúen influye en parte. ¿Qué hombre de gobierno no sería sensible a ello? Pero además está el vértigo de

lo que habría que arriesgar para levantar un porvenir desconocido y lleno de amenazas. ¿Quién que reflexione lo dominaría si no tuviese la fe que mueve montañas?

Por eso, este período marcado por un esfuerzo de restauración es necesario al devenir de la Iglesia y a su fidelidad, de la misma manera que lo son las crisis en el hombre verdadero que las conoce cuando su vida espiritual languidece y se deteriora de modo que tiene que convertirse de nuevo a través suyo. Tanto más profunda y cruel es la crisis cuanto más grande y exigente es el porvenir de ese hombre. Lo mismo ocurre con la Iglesia. ¿No lo muestra su historia? En los momentos de mayor desfallecimiento y desbordamiento se alzan creyentes de talla que se adelantaron a su tiempo y preparan el porvenir.

Y el pueblo. En verdad, si todo se decide sin él, nada se hará sin él. En su base, y no en la cabeza, se hace el trabajo más importante del que depende el futuro. Ahí es donde se pueden entrever los primeros anuncios balbucientes de la Iglesia de mañana que lentamente se abre paso. Mil búsquedas condenadas al error, otros tantos ensayos destinados a fracasar, todos se ayudan por una especie de misteriosa interacción, quizá comunión, que prepara el «monasterio invisible» de los discípulos de Jesús «dispersados hasta los confines de la tierra». ¡Qué vitalidad hierve hoy en las Iglesias que ayer dormitaban en torno a las cátedras del magisterio y los coros de las catedrales! Cuando por una parte se sienten los primeros espasmos de las cristiandades agonizantes, por otra, todos los temores y miedos que oprimen a la Iglesia en un sufrimiento de mutación pueden encontrar algún remedio a la vista de esa fuerza, todavía latente, pero que avanza en olas sucesivas... Pero para poder reconocer esta fuerza en su savia más que humana, hay que colaborar en su acción en el mundo con la totalidad de sí mismo en el don que sólo la muerte acabará al darle su cabal cumplimiento...

10. ES UN TIEMPO DE PRUEBA

La hora es grave para la Iglesia, para todas las Iglesias, aunque su situación sea diferente y apunten a maneras de ser y de pensar, de decir y de hacer muy diversas.

En efecto, para una minoría no despreciable de cristianos, sacerdotes y laicos para quienes lo que está en juego se cuenta entre lo más querido —más querido incluso que la propia vida—, los signos que acuden actualmente desde todas las partes del horizonte presagian, en el orden de las ideas y de los comportamientos, definiciones y decisiones que pretenderán ser irrevocables y se esforzarán en serlo. Para algunos, para los que desde el final del Concilio las esperaban con todas sus fuerzas, serán fuente de satisfacción. Pero ¡cuántos otros creyentes, entre quienes se encuentra el autor, deberán soportar sufrimientos difíciles de asumir de modo que no sean esterilizantes ni funestos para su vida espiritual, lo mismo que para su acción en la Iglesia (sufrimientos tanto mayores cuanto que, gracias a su experiencia como testigos de la fe ante los hombres, prevén que las vías que se pretende reabrir abocan sin remedio a situaciones sin salida...)!

Ojalá que las medidas autoritarias que se van a imponer próximamente al pueblo cristiano no acentúen el desapego —ya muy grande— de las capas más vivas; por ejemplo, de aquellos que por su exigencia intelectual —multiplicada y acentuada por los resultados de la ciencia y, a veces, también por sus pretensiones— tienen dificultad en sentirse satisfechos con lo que la Iglesia se limita a enseñar. Como sucedió demasiado a menudo en el pasado, ¿no se verán empujados muchos de ellos a desesperar de ella y a abandonarla silenciosamente, de puntillas, sin ruido? Su marcha hará todavía más difícil, más improbable, la mutación de que precisa insoslayablemente la Iglesia para ser fiel a su misión.

Pero no sólo es tiempo de prueba para una minoría. En los próximos tiempos se revelará de forma meridiana lo más profundo del ser de todo cristiano. Más allá de su hacer y decir, del fervor de los comportamientos y de las razones que gusta aducir para justificarlos, cada uno revelará el tesoro escondido de su conciencia. Y, tal vez, en el orden de «su religión», se verá que ese fondo... ¡es tan superficial..! ¡Qué pocos son los cristianos que de forma adulta reflexionan seriamente lo que creen! No lo hacen nunca, o sólo por persona interpuesta, o sólo en tiempos fraudulentamente introducidos entre paréntesis en el curso de la vida.

Ojalá que nadie se desaliente en esta hora de la verdad que suena sin cesar como tocando a muertos. Son tiempos en que, poco a poco, privados de las facilidades de una cristiandad poderosa, se verán desposeídos de certidumbres y seguridades heredadas tranquilamente al nacer. Por esto, cada uno tendrá que reconocer, inseparable de su Iglesia, la necesidad de un nuevo nacimiento, comparable en importancia al primero. Cada uno, según las etapas de su conversión, deberá trabajar en un nuevo advenimiento de la Iglesia, sabiendo que dicha obra ha de ser incesantemente cuestionada y reemprendida. Así conocerán por dentro, a lo largo de su vida, la hora a que fue llevado Jesús al final de sus días, allí donde la fe desnuda, la esperanza sin esperanzas y el amor impotente y blasfemado se mantienen en pie en medio del abandono: hora y pórtico que abre al misterio en el que todo principia y encuentra su fin.

11. FINAL. ORACION

Ojalá el autor haya podido ayudar con estas reflexiones a los buenos obreros del cristianismo del mañana tanto a dominar la angustia que desespera como a desarmar la ira que produce amargura a la vista de lo que se avecina. ¿No es fundamental que los cristianos perseveren a toda costa en interesarse por los destinos de la Iglesia, incluso si se les empuja fuera, y que persistan, aunque ella los rechace, en ayudarla a llegar a ser la Presencia que el Mundo, sin saberlo, necesita más que nada para no verse conducido, paradójicamente, a su ruina a fuerza de sus propios progresos en el orden del conocimiento y de la técnica?

* * *

Jesús, en estos tiempos en que lo viejo se desmorona por todas partes y en que, a falta de apreciar iniciativas verdaderamente creadoras, se llega a exaltar un pasado cuyas deficiencias, cercanas al contrasentido y a la traición, son causa de la crisis del presente; en estos tiempos en que por reacción uno se aferra a lo que todavía permanece aunque sólo sean ruinas, y se intenta revivir lo que otrora era vivificante y ahora no puede ser sino engaño piadoso, en estos tiempos, da a tus discípulos la paciencia que no tuviste posibilidad de ejercitar porque eres demasiado grande y poderoso para habértelo permitido. Tu mensaje iba muy por delante de tu tiempo y la brecha que abría a través de todos los siglos y lugares ¿acaso no exigía de ti la impaciencia «suicida» que rápidamente iba a condenarte a muerte y hacerte desaparecer? Da a tus discípulos la luz y el poder de vivir de modo perseverante y discreto en la fe y la fidelidad, a fin de que sean, cada uno en su lugar —el más modesto y oculto es el mejor— los obreros ínfimos y efímeros, pero necesarios, de este combate entre lo nuevo y lo viejo, que se prolongará mientras en esta tierra se levanten hombres para caminar y perseverar en tu seguimiento, gracias a lo que Tú has llegado a ser para ellos.